~~No 2259.308~~

1.

RB D.L916.A10C

Boston Public Library

...k or mark it with pen or
...e imposed by
...f Mas:

...er

DEC 27

Spell

CVLTVRA

MANUEL JOSE OTHON

POEMAS ESCOGIDOS

SELECCION

DE AGUSTIN LOERA Y CHAVEZ

3

Dec. 22, 1930
E

Enero 1º de 1917.

«IMPRENTA VICTORIA» .4ª VICTORIA 92.

J. RUELAS
· 902 ·

MANUEL JOSÉ OTHON

EL poeta de la «existencia callada» hizo de su obra lírica la expresión más noble de la SENCILLEZ, la SINCERIDAD y la SENSIBILIDAD.

Sensillez en la vida, no a modo de Carlos Wagner, sino al que, provocado por una inclinación natural o ingénita, realiza la atracción perpetua al vivir tranquilo y apartado, en abierta contemplación al paisaje bucólico. Sencillez interior que permite el renunciamiento a las mundanas vanidades y provoca el asco a los pasajeros oropeles. Sencillez en la concepción artística, reflejada claramente en la forma y en la expresión de la idea.

Sinceridad, como suprema cualidad poética que hace de cada pensamiento una revelación interior y de cada palabra una profesión de fe. Sinceridad para juzgarse a sí mismo, tamizando en el recio encaje que teje la verdad, las impresiones artísticas, los moldes de expresión, los modelos,

los motivos de inspiración y aún las más lejanas sugestiones.

Sensibilidad que transforma al verdadero oficiente del arte en un elegido, revelándole los más íntimos secretos de las cosas. Sensibilidad que hace sonora la soledad, luminoso el seno profundo de las aguas, musical el apacible silencio de las selvas.

Othón fué como poeta y como hombre—pues hizo de su arte el reflejo de la vida y de la existencia el espejo de su arte—un esteta sencilo, un místico sincero y el contemplativo más profundo de la *Naturaleza*.

***

Nacido en momentos propicios, el 14 de junio de 1858, en San Luis Potosí, tuvo oportunidad de seguir su decidida vocación artística apartándose, no sin escasos sacrificios, de las exigencias que posiciones ostentosas y aun necesarias obligaciones le hubieran impuesto. Modesto y conforme renunció a cuantas vanidades le brindaba el mundo y fué a las montañas de «épica figura», a los bosques rumorosos y al borde perfumado de las aguas, en busca del apacible recogimiento que su intuición de contemplativo le pedía. A orillas del Nazas, frente a la perspectiva de los algodoneros de oscilantes motas blancas, el poeta hizo su obra, escasa—ello es verdad—pero de elevadísima ins-

piración y perfecto acabado. Echese, como él lo pide, un velo sobre las *Poesías* publicadas en San Luis Potosí, cuando apenas frisaba en los 22 años y acéptese como su primera obra lírica, y única por desgracia, los *Poemas Rústicos* que en edición hoy completamente agotada, circularon en 1902.

Frutos en completa sazón ofreció en ese armónico libro, y su obra casi entera se reduce a las páginas que él encierra, pues su teatro, si con algunos aciertos, no le dará nunca la verdadera fama que la crítica le ha asignado como el más grande cantor de la Naturaleza en este país. Prendas de sobra tiene para figurar en el cortejo que presiden Virgilio y Fray Luis de León, Bello y Gabriel Galán.

La Revista Moderna ofreció en sus páginas, siempre fragantes, las producciones que con largos interregnos Othón dió a conocer después de 902.

De acabado perfecto casi toda su obra sería, la cualidad mayor que se le ha reconocido es la de haber encontrado un procedimiento propio que aunaba a las virtudes del clasicismo bien entendido las frescas y remozadas innovaciones de las formas modernas. Descriptivo de incomparable valor y fuerza, impregnó sus composiciones del místico recogimiemto que aproxima a Dios: así pudo revelarnos los más recónditos misterios de la lluvia y del rayo, del pájaro y la flor, del clamor de las voces de la noche y del

aquelarre de las tumbas. La obsesión del melódico toque de alba lo arrebata en éxtasis de religiosa unción: la sublime filosofía de la Naturaleza.

Cuando más se esperaba de su potente temperamento, súbitamente desapareció de entre los suyos, dejando un vacío hasta hoy inllenado (28 de noviembre de 1906).

Seguro de la inmortalidad deseaba ya la muerte en aquellos exquisitos y sentidos versos con que glorificó la memoria de don Rafael Angel de la Peña; de ella puede estar seguro quien supo amar y hacer sentir el arte tan intensamente. (1)

A. L. Ch.

(1) La viuda del poeta finamente ha autorizado la presente edición. Los señores Valenzuela permitieron con igual galantería la reproducción de las ilustraciones del genial Ruelas.

INVOCACION.

NO APARTES, ADORADA MUSA MÍA,
tu divino consuelo y tus favores
del alma que, nutrida en los dolores,
abrasa el sol y el desaliento enfría.

Aparece ante mí como aquel día
primero de mis jóvenes amores
y tu falda blanquísima con flores
modestas y olorosas atavía.

¡Oh, tú, que besas mi abrasada frente
en horas de entusiasmo o de tristeza,
que resuene en tu canto inmensamente

tu amor a Dios, tu culto a la Belleza,
alma del Arte, y tu pasión ardiente
a la madre inmortal Naturaleza!

PRIMAVERA

AL HIJO DE LAS MONTAÑAS.

Todo en ella es fecundo,
todo germina en la estación de amores.
Bion de Esmirna.
(Traducción de Ipandro Acaico).

El mundo se despierta a la sonrisa
virginal y primera
que le manda en los soplos de su brisa
la gentil y encantada primavera.
En torrentes de luz se precipita
el rayo inmaculado
del sol, desde la bóveda infinita,
y las flores, abriendo sus corolas
al soplo ardiente del calor fecundo,
parece que en sus pétalas abrigan
el alma de las vírgenes del mundo.

La parda golondrina
ha venido a posarse en mi ventana,
enviándome su cántiga divina
al primer despertar de la mañana.
El cielo es muy azul; la niebla fría

que hace poco, muy poco le envolvía,
huyó como la sombra
a la luz del Oriente desprendida,
y natura dejó sobre los cielos
su túnica de gasas extendida.

Las noches son muy tibias. El ambiente
girando en vagos, caprichosos vuelos,
deja, al pasar, el beso de los cielos
sobre mi mustia frente;
y las dulces y pálidas estrellas
derraman su fulgor en la laguna;
que agitando sus olas, se ilumina
con los trémulos rayos de la luna.....

Todo despierta a ese divíno beso
que un océano de gérmenes encierra.
Cada aurora que nace
es un girón del sol que se deshace
sobre los yertos campos de la sierra.
Cada rayo de luz una armonía,
lanzada en el espacio por los mundos
que van girando en la región vacía;
y cada flor que tímida y galana
se alza llena de vida, palpitante,
es la huella de un beso que lozana
deja sobre la tierra la mañana
al tibio soplo de la brisa errante.

También mi corazón se abre a la vida
ébrio de juventud. Mi alma se abre
al asomar la dulce Primavera
con su cielo de poéticos albores,
con su risueño y encantado mundo,
para alcanzar en su anhelar profundo

las cascadas de aromas y armonía
que van vertiendo pájaros y flores.
en el concierto mágico del día.

Estación de las brisas y las flores
que víertes sobre el alma adormecida
la suprema explosión de tus albores,
llenándola de vida,
¡cómo a tu casta y divinal presencia
se levanta mi espíritu en su vuelo,
hasta tocar sediente de tus rayos,
las transparentes cúpulas del cielo!

Mi corazón te llama
con el primer aliento de la vida;
tus flores y tus ráfagas reclama
para saciar las ansias inmortales
en el delirio inmenso con que ama.
Ama como tus flores
que abren templando su rosado broche,
al sentir en sus hojas que han huído
las oscuras tinieblas de la noche.
Se levanta, como ellas se levantan
en las vegas y márgenes del río,
al sentir su corola humedecerse
con las líquidas perlas del rocío.

¡Qué bella es la estación de los amores!
Todo respira en torno ese perfume
que derraman las flores,
y mi alma, levantándose sublime
sobre los campos del azul se mece,
deja la cárcel en que llora y gime
y mirando a los cielos, se engrandece!

1878.

VENUS

A ANTONIO MARQUEZ GUERRERO.

Del mar de Chipre en la risueña orilla
medio velada por la densa bruma,
aparece flotando entre la espuma
de Cítercs la vírgen sin mancilla.

Pálida la color de su mejilla
como del cisne de Estrimón la pluma;
aquel trasunto de belleza suma
es de la gracia la expresión sencilla.

Todo el Olimpo la contempla. Solo
se escucha el himno universal que entona
la diosa Poesía, de polo a polo.

Toca en la playa la gentil matrona,
y en las regiones de la luz Apolo
con su aureola de fuego la corona.

San Luis Potosí, 1879.

OCASO.

A un Pintor.

HE AQUÍ, PINTOR, TU ESPLÉNDIDO PAISAJE:
un lago obscuro, ráfagas marinas
empapadas en tintas cremesinas
y en el azul profundo del celaje;

un tronco que columpia su ramaje
al soplo de las auras vespertinas
y manchadas de verde las colinas
y de amarillo el fondo del boscaje;

un peñasco de líquenes cubierto;
una faja de tierra iluminada
por el último rayo del sol muerto;

y, de la tarde al resplandor escaso,
una vela a lo lejos, anegada
en la divina calma del ocaso.

EL HIMNO DE LOS BOSQUES.

I

EN ESTE SOSEGADO APARTAMIENTO,
lejos de cortesanas ambiciones,
libre curso dejando al pensamiento,
quiero escuchar suspiros y canciones.
¡El himno de los bosques! Lo acompaña
con su apacible susurrar el viento,
el coro de las aves con su acento,
con su rumor eterno la montaña.
El torrente caudal se precipita
a la honda sima, con furor azota
las piedras de su lecho, y la infinita
estrofa ardiente de los antros brota.
¡Del gigante salterio en cada nota
el salmo inmenso del amor palpita!

II

Huyendo por la selva presurosos
se pierden de la noche los rumores;

los mochuelos ocúltanse medrosos
en las ruinas, y exhalan los alcores
sus primeros alientos deleitosos.
Abandona mis párpados el sueño,
la llanura despierta alborozada:
con su semblante pálido y risueño
la vino a despertar la madrugada.
Del Oriente los blancos resplandores
a aparecer comienzan; la cañada
suspira vagamente, el sauce llora
cabe la fresca orilla del riachuelo,
y la alondra gentil levanta al cielo
un preludio del himno de la aurora.
La bandada de pájaros canora
sus trinos une al murmurar del río;
gime el follaje temblador, colora
la luz el monte, la campiña dora,
y a lo lejos blanquea el caserío.
Y va creciendo el resplandor y crece
el concierto a la vez. Ya los rumores
y los rayos de luz hinchan el viento,
hacen templar el éter, y parece
que en explosión de notas y colores
va inundar a la tierra el firmamento.

III

Allá, tras las montañas orientales,
surge de pronto el sol, como una roja
llamarada de incendios colosales,
y sobre los abruptos peñascales,
ríos de lava incandescente arroja.
Entonces, de los flancos de la sierra
bañada en luz, del robledal obscuro,

del espantoso acantilado muro
que el paso estrecho a la hondonada cierra;
de los profundos valles, de los lagos
azules y lejanos que se mecen
blandamente del aura a los halagos,
y de los matorrales que estremecen
los vientos, de las flores, de los nidos,
de todo lo que tiembla o lo que canta,
una voz poderosa se levanta
de arpegios, y sollozos, y gemidos.
Mugen los bueyes que a los pastos llevan
silbando los vaqueros, mansamente
y perezosos van, y los abrevan
en el remanso de la azul corriente.
Y mientras de las cabras el ganado
remonta, despuntando los gramales,
torpes en el andar, los recentales
se quejan blanda y amorosamente
con un tierno balido entrecortado.
Abajo, entre la malla de raíces
que el tronco de las ceibas ha formado,
grita el *papán* y se oye en el sembrado
cuchichiar a las tímidas perdices.
Mezcla aquí sus ruidos y sus sones
todo lo que voz tiene; la corteza
que hincha la savia ya, crepitaciones,
su rumor misterioso la maleza
y el *clarín de la selva* sus canciones.
Y a lo lejos, muy lejos, cuando el viento,
que los maizales apacible orea,
sopla del Septentrión, se oye el acento
y algazara que, locas de contento,
forman las campanitas de la aldea....
¡Es que también se alegra y alboroza

el viejo campanario! La mañana
con húmedas caricias lo remoza;
sostiene con amor la cruz cristiana
sobre su humilde cúpula; su velo,
para cubrirlo, tienden las neblinas,
como cendales que les presta el cielo
y, en torno de la cruz, las golondrinas
cantan, girando en caprichoso vuelo.

IV

Oigo pasar, bajo las frescas chacas,
que del sol templan los ardientes rayos,
en bandadas, los verdes guacamayos,
dispersas y en desorden las urracas.
Va creciendo el calor. Comienza el viento
las alas a plegar. Entre las frondas,
lanzando triste y gemidor acento,
la solitaria tórtola aletea.
Suspenden los saúses su lamento,
calla la voz de las cañadas hondas
y un vago y postrer hálito menea,
rozando apenas, las espigas blondas.
Entonces otros múltiples rumores
como un ejambre llegan a mi oído:
el chupamirto vibra entre las flores;
sobre el gélido estanque adormecido
zumba el escarabajo de colores,
en tanto la libélula, que rasa
la clara superficie de las ondas,
desflora los cristales tembladores
con sus alas finísimas de gasa.
El limpio manantial gorgoritea
bajo el peñasco gris que le sombrea,

corre sobre las guijas murmurando,
lame las piedras, los juncales baña
y en el lago se hunde; la espadaña
se estremece a la orilla susurrando
y la garza morena se pasea,
al són del agua cariñoso y blando.

V

Ya sus calientes hálitos la siesta
echa sobre los campos. Agostada
se duerme la amapola en la floresta
y, muerta, la campánula morada
se desarraiga de la roca enhiesta;
pero en la honda selva estremecida
no deja aún de palpitar la vida:
toda rítmica voz la manifiesta.
No ha callado una nota ni un ruido:
en el espacio rojo y encendido
se oye a los cuervos crascitar, veloces
la atmósfera cruzando, y la montaña
devuelve el eco de sus roncas voces.
Las palomas zurean en el nido;
entre las hojas de la verde caña
se escucha el agudísimo zumbido
del insecto apresado por la araña;
las ramas secas quiébranse al ligero
salto de las ardillas, su chasquido
a unirse va con el golpeo bronco
del pintado y nervioso *carpintero*
que está en el árbol taladrando el tronco;
y las ondas armónicas desgarra,
con desacorde són, el chirreante
metálico estridor de la cigarra.

Corre por la hojarasca crepitante
la lagartija gris; zumba la mosca,
luciendo al aire el tornasol brillante
y, agitando su crótalo sonante,
bajo el breñal la víbora se enrosca.
En intenso calor ha resecado
la sabia de los árboles; cayendo
algunas hojas van y, al abrasado
aliento de la tierra evaporado,
se revienta la crústala crujiendo.
En tanto yo, cabe la margen pura,
del bosque por los sones arrullado,
cedo al sueño embriagante que me enerva
y hallo reposo y plácida frescura,
sobre la alfombra de tupida hierba.

VI

Trepando, audaz, por la empinada cuesta
y rompiendo los ásperos ramajes,
llegó hasta el dorso de la abrupta cresta,
donde forman un himno, a toda orquesta,
los gritos de los pájaros salvajes.
Con los temblores del pinar sombrío
mezcla su canto el viento, la hondonada
su salmodia, su alegre carcajada
las cataratas del lejano río.
Brota la fuente en escondida gruta
con plácido rumor y, acompasada,
por la trémula brisa acariciada,
la selva agita su melena hirsuta.
Esta es la calma de los bosques: mueve
blandamente la tarde silenciosa
la azul, y blanca, y ondulante, y leve

gasa que encubre su mirar de diosa.
Mas ya Aquilón sus furias apareja
y su pulmón la tempestad inflama.
Ronco alarido y angustiosa queja
por sus gargantas de granito deja
la montaña escapar; maldice, clama,
el bosque ruge y el torrente brama
y, de las altas cimas despeñado,
por el espasmo trágico rompido,
rueda el vertiginoso acantilado,
donde han hecho las águilas el nido
y su salvaje amor depositado;
y, al mirarle por tierra destruído,
expresión de su cólera sombría,
aterrador y lúgubre graznido
unen a la tremenda sinfonía.
Bajo hasta la llanura. Hinchado el río
arrastra, en pos, peñascos y troncones
que con las ondas encrespadas luchan.
En las entrañas del abismo frío
que parecen hervir, palpitaciones
de una monstruosa víscera se escuchan.
Retorcidas raíces, al empuje
feroz, rompen su cárcel de terrones.
Se desgaja el espléndido follaje
del viejo tronco que al rajarse cruje;
el huracán golpea los peñones,
su última racha entre las grietas zumba
y es su postrer rugido de coraje
el trueno que, alejándose, retumba
sobre el desierto y lóbrego paisaje....

VII

Augusta ya la noche se avecina,
envuelta en sombras. El fragor lejano
del viento aun estremece la colina
y las espigas del trigal inclina,
que han dispersado por la tierra el grano.
Siento bajo mis pies trepidaciones
del peñascal; entre su quiebra obscura,
revuelto el manantial, ya no murmura,
salta, garrulador, a borbotones.
Son las últimas notas del concierto
de un día tropical. En el abierto
espacio del Poniente, un rayo de oro
vacila y tiembla. El valle está desierto
y se envuelve en cendales amarillos
que van palideciendo.—Y el sonoro
acento de la noche se levanta.
Ya empiezan melancólicos los grillos
a preludiar en el solemne coro....
¡Ya es otra voz inmensa la que canta!
Es el supremo instante. Los ruidos
y las quejas, los cantos y rumores
escapados del fondo de los nidos,
de las fuentes, los árboles, las flores;
el sonrosado idilio de la aurora,
de estrofas cremecinas que el sol dora,
la égloga de la verde pastoría,
la oda de oro que al mediar el día
de púrpura esplendente se colora,
de la tarde la pálida elegía
y la balada azul, la precursora
de la noche tristísima y sombría;....
todo ese inmenso y continuado arpegio,

estrofas de una lira soberana
y versos de un divino florilegio,
cual bandada de pájaros canora,
acude a guarecerse en la campana
de la rústica iglesia que, lejana
se ve, sobre las lomas descollando.
Y en el instante místico en que al cielo
el *Angelus* se eleva, condensando
todas las armonías de la tierra,
el himno de los bosques alza el vuelo
sobre lago, colinas, valle y sierra:
y, al par que la expresión que en su agonía
la tarde eleva a la divina altura,
del universo el corazón murmura
esta inmensa oración: ¡Salve, María!

LA CANCION DEL OTONO.

I

ZUMBA ¡OH VIENTO! ZUMBA Y RUGE
dispersando la simiente;
que la crústula reviente
a la furia de tu empuje.

La hojarasca cruje, y cruje
el ramaje tristemente;
que tu garra prepotente
los retuerza y los estruje.

Resonando las serojas
se estremecen al chasquido
que crepita en las panojas,
y es canción en la espesura,
en las ruinas alarido
y en los nervios crispatura.

II

Bajo el oro fulgurante
del espacio, la llanada
se enrojece caldeada
por el sol reverberante;

y es es la milpa, centellante
por la escarcha de la helada,
blonda virgen cobijada
con un velo de diamante.

Oro y grana las campiñas
que el divino cielo cubre,
son sembrados y son viñas;

y a los soplos otoñales,
los viñedos seca Octubre
y Noviembre los maizales.

III

Ancho río, cauce angosto,
ya no se oye vuestro acento;
hoy seguís en curso lento,
resecados por Agosto.

Pero el zumo del remosto
cuando corre, pasa el viento
preludiando tremulento
la anacreóntica del mosto. .....

Alza a tí criatura
un acento soberano,
pues le ofrece tu ternura,

¡Oh, invisible Pan divino!
tu substancia, que es el grano
y tu sangre, que es el vino

NOCHE RUSTICA DE WALPURGIS.

SINFONÍA DRAMÁTICA.

A José Peón Contreras.

I

INVITACION AL POETA.

COGE LA LIRA DE ORO Y ABANDONA
el tabardo, descálzate la espuela,
deja las armas, que para esta vela
no has menester ni daga ni tizona.

Si tu voz melancólica no entona
ya sus himnos de amor, conmigo vuela
a esta región que asombra y que consuela;
pero antes ciñe la triunfal corona.

Tú, que de Pan comprendes el lenguaje,
ven de un drama admirable a ser testigo.
Ya el campo eleva su canción salvaje;

Venus se prende el luminoso broche....
Sube al agrio peñón, y oirás conmigo
lo que dicen las cosas en la noche.

II

INTEMPESTA NOX.

Media noche. Se inundan las montañas
en la luz de la luna transparente
que vaga por los valles tristemente
y cobija, a lo lejos, las cabañas.

Lanzas de plata en el maizal las cañas
parecen al temblar, nieve el torrente,
y se cuaja el pavor trágicamente
del barranco en las lóbregas entrañas....

Noche profunda. Noche de la selva,
de quimera poblada y de rumores,
sumérgenos en tí; que nos envuelva
el rey de los fantásticos imperios
en la clámide azul de sus vapores
y en el sagrado horror de sus misterios.

III

EL HARPA.

Hay en medio del rústico boscaje
un tronco retorcido y corpulento:
enorme roca sírvele de asiento
y frondas opulentas de ropaje:

Cuando, como a través de fino encaje,
el rayo de la luna tremulento
pasa, desde el azul del firmamento,
la verde filigrana del follaje,

desbarátase en haz de vibradores
hilos de luz que tiemblan cual tañidos
por un plectro que el céfiro menea.

¡Harpa inmensa del campo! ¡no hay cantores
que a tus himnos respondan, no hay oídos
que comprendan tu estrofa gigantea!

IV

EL BOSQUE.

Bajo las frondas trémulas e inquietas
que forman mi basílica sagrada,
ha de escucharse la oración alada,
no el canto celestial de los poetas.

Albergue fuí de druidas. Los ascetas
en mis troncos de crústula rugada
infligieron su frente macerada
y colgaron sus harpas los profetas.

Y en tremenda ocasión, el errabundo
viento espantado suspendió su vuelo,
al escuchar de mi interior profundo

brotar, con infinito desconsuelo,
la más grande oración que desde el mundo
se ha alzado hasta la cúpula del cielo.

V

EL RUISEÑOR.

Oíd la campanita, cómo suena;
el toque del clarín, cómo arrebata;
las quejas en que el viento se desata
y del agua el correr sobre la arena.

Escuchad la amorosa cantilena
de Favonio rendido a Flora ingrata
y la inmensa y divina serenata
que Pan modula en la silvestre avena.

Todo eso hay en mis cantos. Me enamora
la noche; de los hombres soy delicia
y paz; y entre los árboles cubierto

sólo yo alcé mi voz consoladora,
como una blanda y celestial caricia
cuando mi Dios agonizó en el huerto.

VI

EL RIO.

Triscad, ¡oh linfas! con la grácil onda;
gorgoritas, alzad vuestras canciones;
y vosotros parleros borbollones,
dialogad con el viento y con la fronda.

Chorro garrulador, sobre la honda
cóncava quiebra, rómpete en girones
y estrella contra riscos y peñones
tus diamantes y perlas de Golconda.

Soy vuestro padre el río. Mis cabellos

son de la luna pálidos destellos,
cristal mis ojos del cerúleo mando.

Es de musgo mi barba transparente,
ópalos desleídos son mi frente
y risas de las náyades mi canto.

VII

LAS ESTRELLAS.

¿Quién dice que los hombres nos parecen,
desde el profundo mar del firmamento,
átomos agitados por el viento,
gusanos que se arrastran y perecen?

¡No! Sus cráneos que heroicos se estremecen
son el más grande asombrador portento:
¡fragua donde se forja el pensamiento
y que más que nosotros resplandecen!

Bajo la estrecha cavidad caliza,
las ideas, en ígnea llamarada
contemplamos arder, y es, ante ellas,

toda la creación polvo y ceniza....
¡los astros son materia inanimada
y las humanas frentes son estrellas!

VIII.

EL GRILLO.

¿Dónde hallar, oh mortal, las alegrías
que con mi canto acompañé en tu infancia?
¿Quién mide la enormísima distancia
que éstos separa de tan castos días?

Luces, flores, perfumes, harmonías,
sueños de poderosa exuberancia
que llenaron de albura y de fragancia
la vida ardiente con que tú vivías,

ya nunca volverán; pero cantando,
cabe la triste moribunda hoguera,
de tu destruida tienda bajo el toldo,

hasta morir te seguiré mostrando
la ilusión en la llama postrimera,
el recuerdo en el último rescoldo.

IX

LAS AVES NOCTURNAS.

¡A infundir con el vuelo y los chirridos
más horror en la noche, más negrura
en los antros del monte y más pavura
en las ruinas de sótanos hendidos!

¡A seguir a los pájaros perdidos
de la arboleda entre la sombra oscura,
y con la garra ensangrentada y dura
a darles muerte y a asolar sus nidos!

Desde la cruz del viejo campanario,
a lanzar tan horrísonos acentos
que el valor más indómito se quiebre!
¡De dientes estridor, crujir de osario
a remedar, y trágicos lamentos,
y espasmódicos gritos de la fiebre!

X

LOS MUERTOS.

¡Piedad! ¡misericordia!....Fueron vanos
tanto soberbio afán y lucha tanta.
¡Ay! por nosotros vuestra queja santa
levantad al Señor. ¡Orad, hermanos!

Si oyérais el roer de los gusanos
en el hondo silencio, cómo espanta,
sintiérais oprimida la garganta
por invisibles y asquerosas manos.

Mas no podéis imaginar los otros
tormentos que hay sobre la losa fría:
¡la falta, la carencia de vosotros;

la soledad, la soledad impía!....
¡Ay, que llegue, oh Señor, para nosotros
de la resurrección el caro día!

XI

EL POETA.

Vamos al aquelarre.—En la sombría
cuenca de la montaña, las inertes
osamentas se animan a los fuertes
gritos que arroja la caterva impía.

Van llegando *sin Dios y sin María*,
présagos de catástrofes y muertes....
pienso que el cielo llora,....¿no lo adviertes?
La luna es una lágrima muy fría.

Tras nahuales y brujas, el coyote

aulla feroz y lúgubre corea
tan monstruoso concierto el tecolote;

la lechuza con silbo horripilante
se junta a la fatídica ralea,
¡y el *Vaquero Marcial* llega triunfante!

XII

LOS FUEGOS FATUOS.

Bajo los melancólicos saúces
que sombrean el fétido pantano
y en la desolación del muerto llano
sembrado de cadáveres y cruces,

se nos mira brillar, pálidas luces,
terror del habitante rusticano:
misteriosos engendros de lo arcano
envueltos en fosfóricos capuces.

Mas al beso de amor del aire puro
sobre la infecta corrupción, ileso
fulguró nuestro ser, cual a un conjuro.

Que no existe lo esteril ni lo inerte
si Pan lo toca, y al brotar un beso
siempre estalla la luz, aun de la muerte.

XIII

LAS BRUJAS.

—Todas las noches me convierto en cabra
para servir a mi señor el chivo,
pues, vieja ya, del hombre no recibo
ni una muestra de amor, ni una palabra.

BIBLIOTECAS PÚBLICAS

—Mientras mi esposo está labra que labra
el terrón, otras artes yo cultivo.
¿Ves? traigo un niño ensangrentado y vivo
para la cena trágica y macabra.

—Sin ojos, pues así se ve en lo obscuro,
como ven los murciélagos, yo vuelo
hasta escalar del camposanto el muro.

—Trae un cadáver frío como el hielo.
Yo a los hombres daré del vino impuro
que arranca la esperanza y el consuelo.

XIV

LOS NAHUALES.

!Sús, Vaquero Marcial! De nuestra boca
los conjuros oirás: aunque en la brega
quedaste vencedor; siempre a tí llega
de los hombres la voz que te provoca.

Por donde quiera el mal! Tu mano toca
las campiñas también.—Ya en ronda ciega
el coro de las brujas se despliega
de tí en redor, sobre la abrupta roca.

Hijas sois de la vívora y el sapo:
de vuestro hediondo seno sacad presto
las efigies ridículas de trapo. . . .

¡Oh, representación de los mortales!
Mostrad aquí vuestro asombrado gesto
en la danza infernal de los nahuales.

XV

EL GALLO.

Hombre, descansa. De tu hogar ahuyento
el nocturno terror y estoy en vela.
Sombras de muerte cuyo soplo hiela,
con mi agudo clarín os amedrento.

Huya la luz y te descuide el viento
por preludiar su dulce pastorela.
Contra el mal, poderoso centinela,
a su paso espectral estoy atento.

No te inquiete el horrísono alarido
que escuches en tu sueño, por la vana
pesadilla maléfica oprimido.

Ya pondrá fin a su croar la rana,
y yo con alegrísimo sonido,
entonaré la jubilosa diana.

XVI

LA CAMPANA.

¿Qué te dice mi voz a la primera
luz auroral? «La muerte está vencida,
ya en todo se oye palpitar la vida,
ya el surco abierto la simiente espera».

Y de la tarde en la hora postrímera:
«Descansa ya. La lumbre está encendida
en el hogar» .... Y siempre te convida
mi acento, a la oración en donde quiera.

Convoco a la plegaria a los vivientes,
plaño a los muertos con el triste y hondo
son de sollozo en que mi duelo explayo.

Y al tremendo tronar de los torrentes
en pavorosa tempestad, respondo
con férrea voz que despedaza el rayo.

XVII

LA MONTAÑA.

El encinar solloza. La hondonada
que raja el monte, es una boca ingente
por donde grita el bramador torrente
de furiosa melena desgreñada.

La piedra tiene acentos. Vibra cada
roca, como una cuerda, intensamente,
que en sus moles quedó perpetuamente
del Génesis la voz petrificada.

Del hondo seno de granito escucha
las voces, ¡oh poeta! Clama el oro:
¡Vive y goza, mortal! El hierro: *¡Lucha!*

Mas oye, al par, sobre la altura inmensa,
cantar en alto y perdurable coro
a las agudas cumbres: *¡Ora y piensa!*

XVIII

UN TIRO.

Duda mortal del alma se apodera,
al oír en la noche la lejana
detonación, que turba y que profana
el silencio del bosque y la pradera.

¿Será la bala rápida y certera
que pone fin a la existencia humana,
o el golpe salvador que en lucha insana
asesta el montañes sobre la fiera?.....

Ese ruido mortífero y tonante
hace temblar al alma sorprendida,
cuando está de lo incógnito delante.

Para arrancar o defender la vida,
lo producen lo mismo el caminante
y el guarda, el asesino y el suicida.

XIX

EL PERRO.

No temas, mi señor: estoy alerta
mientras tú de la tierra te desligas
y con el sueño tu dolor mitigas,
dejando el alma a la esperanza abierta.

Vendrá la aurora y te diré: «Despierta:
huyeron ya las sombras enemigas».
soy compañero fiel en tus fatigas
y celoso guardián junto a tu puerta.

Te avisaré del rondador nocturno,
del amigo traidor, del lobo fiero
que siempre anhelan encontrarte inerme.

Y si llega con paso taciturno
la muerte, con mi aullido lastimero
también te avisaré..... ¡Descansa y duerme!

XX

LA SEMENTERA.

Escucha el ruido místico y profundo
con que acompaña el alma Primavera
esta labor enorme que se opera
en mi seno fructífero y fecundo.

Oye cual se hincha el grano rubicundo
que el sol ardiente calentó en la era.
Vendrá Otoño que en mieses exhubera
y en él me mostraré gala del mundo.

La madre tierra soy: vives conmigo,
a tu paso doblego mis abrojos,
te doy el alimento y el abrigo.

Y cuando estén en mi regazo opresos
de tu vencida carne los despojos,
¡con cuánto amor abrigaré tus huesos!

XXI

LUMEN!

Las sombras palidecen. Es la hora
en que, fresca y gentil, la madrugada
va a empaparse en el agua sonrosada
que ya muy pronto verterá la aurora.

El cielo vagamente se colora
de virginal blancura inmaculada,
y hace en el firmamento su morada
la luz, de las tinieblas vencedora.

Sobre las níveas cumbres del oriente

en ópalos y perlas se deslíe,
que desbarata en su cristal la fuente.

Del vaho matinal se extiende el velo,
y todo juguetea y todo ríe,
en la tierra lo mismo que en el cielo.

XXII

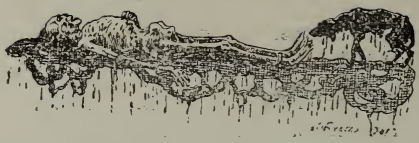
ADIOS AL POETA,

!Santa Naturaleza, madre mía!
Me has cobijado en tu regazo inmenso
y disipaste con tu soplo intenso
la nube del dolor que me envolvía.

Mas !ay! vuelve la vida ingrata y fría;
mi sueño celestial quedó suspenso.....
Ya alza la tierra su divino incienso
y en su carro triunfal asoma el día.

Poeta: es fuerza abandonar el monte.
Bajemos, pues ya al ras del horizonte
Venus agonizante parpadea;

tú al teatro, a la clínica, al Senado,
yo a vejetar tranquilo y olvidado
en el rincón oscuro de mi aldea.



POEMA DE VIDA.

CANTO PRIMERO.

Idilio.

I.

Es la suprema floración del año.
Ya la niebla no oculta los bohíos
y los nidos del bosque, ayer vacíos,
están llenos de pájaros ogaño.

Los vernales deshielos, como un baño,
el valle inundan en raudales fríos,
donde llenan sus ánforas los ríos
y beben las bandadas y el rebaño.

Ya de la sierra en el crestón gigante
desbaratóse el gélido turbante
que el invierno formó con sus neblinas
y, sobre el cielo azul, cuando atardece,
la sarta de las grullas desparece
y flotan las primeras golondrinas.

II

Estremécese el aura tremulenta
y la tierra, a los húmedos halagos,
sigue, ya sin temor a más estragos,
su fecunda labor, constante y lenta.

Doquier la vida su vigor ostenta:
festonea las lilas y los dragos,
hace brotar los mustios jaramagos,
hincha la yema y el botón revienta.

Al tronco de los árboles se prende
de la hiedra la azul y verde malla,
que en el bardal su pabellón extiende.

Y empapada del éter en las ondas,
del sol al fuego, la campiña estalla
en explosión de pétalos y frondas.

III

En los collados y en la selva inculta
del maternal amor se muestra el celo:
oye el ave el reclamo, deja el cielo
y acude al nido que el ramaje oculta.

Entre las hojas de la encina adulta
se siente el ensayar del primer vuelo;
y en el pico de rosa del polluelo
su pico de ámbar la torcaz sepulta.

Muge la vaca en tanto que se aleja
la cría por las quiebras del camino
y al blando són de la amorosa queja,

tiembla, cual amapola sobre el lino,
la roja lengüecilla de la oveja
del cordero en el blanco velocino.

CANTO SEGUNDO

Epitalamio.

I

Resplandece la bóveda infinita
con el fuego abrasante del verano
y en la inmensa extensión, el saberano
elemento prolífico palpita.

La vida, como el alma de Afrodita,
todo lo enciende: al hongo en el pantano,
al ave y al cuadrúpedo en el llano
y en el huerto a la humilde bellorita.

Exhalan sus aromas penetrantes
el apio y la silvestre madreselva,
y el laurel odorífero retoña.

Y al balar de los hatos trashumantes,
en lo más escondido de la selva
tañe Pan su dulcísima zampoña.

II

Son las bodas campestres de las flores.
Al beso del amor, antes latente,
estremece sus ondas el ambiente,
irguense los estambres tembladores.

Se impregnan los insectos zumbadores
en el polen de oro refulgente,

y al par le lleva en su regazo ardiente
el viento grácil esparciendo olores.

¡Oh céfiro! ¡oh abeja! ¡oh mariposa!
¡con qué ansiedad tan pudibunda espera
vuestra llegada la naciente rosa!

Posad sobre su cáliz que el deseo
desflora, mientras canta Primavera
los eróticos cantos de himeneo.

III.

Todo al soplar las brisas tropicales,
mueve la sangre y todo a amar provoca.
Naturaleza entera es una boca
donde palpitan besos inmortales.

Requiébranse en la rama los turpiales,
lanzando su canción alegre y loca,
y en la cortante arista de la roca,
se acarician las águilas reales.

Tálamo de las tiernas golondrinas
es el aire, del tigre la espelunca,
del triscador ganado las colinas....

Nada tu fuerza poderosa trunca,
pues renaciendo tú de las ruinas,
¡oh fecundante Amor, no mueres nunca!

CANTO TERCERO.

Elegía.

I.

En la intrincada senda, y en el rojo
peñón, y en la monótona llanura,
no queda ya ni un resto de verdura,
ni una brizna de hierba, ni un abrojo

Tan sólo cuelga su último despojo
la seca hiedra, de la tapia obscura,
bajo la cual el Abrego murmura
y crujen las hacinas del rastrojo.

Viene la tarde cenicienta y fría
y una desolación abrumadora
se extiende sobre el monte y la alquería.

Nada se oye vivir. Sólo en la hora
del declinar tristísimo del día,
la parda grulla en el erial crotora.

II.

¡Qué tristeza tan grande en el paisaje!
Del norte frío al destructor aliento
suspendióse en el campo el movimiento
y gimieron los troncos y el ramaje.

Ya no hay nidos, ni cantos, ni follaje,
no se escucha un murmurio ni un acento,
y apenas, junto al lago tremulento,
se oye graznar al ánade salvaje.

En las regiones do Aquilón desata
su furia y con fragor se precipita,
sin cesar, sin cesar escarcha y llueve;

mientras inmensamente se dilata
desesperante, trágica, infinita,
la sepulcral blancura de la nieve.

III.

Si tan helada soledad impera
en el mar, en la tierra y en el cielo,
si ya no corre el límpido arroyuelo
ni se mece el rosal en la pradera,

¡ah! no pensemos que la vida muera:
amortajada con su blanco velo,
bajo la opaca crústala de hielo
una inmortal resurrección espera.

Mas ¿quién puede escuchar las misteriosas
voces que eleva en místico murmullo,
el más oculto seno de las cosas?

Nada sucumbe: el escondido germen,
la crisálida envuelta en su capullo,
la célula y el grano....¡todos duermen!

PASTORAL.

I

ALLÁ, SOBRE ESCARPADA SERRANÍA,
enhiesto y colosal se empina un risco:
a su pie, retorciéndose bravía,
baja, por entre el roble y el lentisco,
una senda hasta humilde pastoría,
donde hay una cabaña y un aprisco.
Es sólo habitador de aquel albergue,
un pobre rabadán: más nunca el día
lo encontró bajo el rústico techado,
pues apenas ha el alba despuntado,
sus perlas derramando en cielo y tierra,
ya la figura del pastor se yergue
sobre el excelso pico de la sierra.
Como un dios se le mira desde el valle
en la roca granítica tallado,
majestuoso y altivo, acariciado
del trémulo pinar por el ventalle.
Y cuando el sol, al asomar, colora
de rosicler aristas y perfiles
y chorrea en los húmedos cantiles
el diluvio de rosas de la aurora,
las cabras y corderos triscadores

empiezan a saltar por los alcores,
que empenachan el mirto y la retama
y el heno alfombra y la menuda grama.
Se les ve, desde el fondo del paisaje,
sobre el musgoso peñascal salvaje
brillar al sol, blanquísimos y tersos,
como nevados ópalos, dispersos
entre las esmeraldas del frondaje.

II

Sumérgese el pastor, vagando libre,
ya en las resplandecencias de la cima
o ya en las lobregueces del barranco,
sin que una sola víscera le vibre,
ni al resbalar por la espantosa cima,
ni al descender por el cortante flanco
Es el rey y señor de la comarca
solamente habitada por las fieras
y las reses salvajes. Sus dominios,
do jamás hubo guerras ni exterminios,
del ingente peñón, erguido encima,
con sólo un golpe de su vista abarca.
Vertientes quebradísimas, laderas
en que se junta y amalgama el verde
con el violeta azul, y al fin de pierde,
al esfumarse en las lejanas eras;
dorsos de piedra rígidos que enarca
la montaña en tremendas convulsiones,
al sentir el furor de los turbiones;
parapetos de roca amenazando
aplastar los ramajes y los troncos;
guijas que arrancan de su lecho blando
los torrentes horrí-onos y roncos

que al valle ruedan con fragor bramando;
cavernas pavorosas, hondonadas
en donde se detienen las miradas
fijas, con estupor horrorizante,
del tenebroso piélago delante;
cumbres que irisa eternamente el hielo
y besan las purpúreas alboradas,
y agujas de granito, donde el vuelo
las águilas abaten fatigadas,
al terminar su viaje por el cielo....

III

Abajo, la llanura, las vecinas
selvas; muy lejos, la ignorada aldea,
en el centro de un valle que rodea
el verde cinturón de las colinas;
cerca, los frescos y olorosos prados
en las estribaciones blandamente
de la agreste montaña recostados;
arriba, un océano: el oleaje
de las cimas riscosas y onduladas
que corren descendiendo gradualmente,
ya dóciles y tersas, ya encrespadas,
como olas en un mar que derrepente
cuajara el Septemtrión; y en el encaje
de las tajadas peñas, el roquero
risco, cual torreón del homenaje
de un castillo fantástico y severo;
y en el último término, al escaso
resplandor de la tarde, las llanadas
silenciosas y tristes, y empapadas
en las cárdenas tintas del ocaso.....
Tal es el reino del pastor.

IV

Impera
majestad absoluta y verdadera
sobre aquella región, casi perdida
y extraña de los hombres a la vida;
pero donde otra vida omnipotente
del seno augusto de la tierra brota,
como alma inmensa por el aire flota,
y do la madre universal se siente
rayo en el éter y en las auras nota.
Bajo aquel dilatado firmamento,
nada el poder vivificante turba,
ni suspende el eterno movimiento.
Desde el hondo nivel de la planicie,
igual y recta, hasta la excelsa curva
trazada en la cerúlea superficie,
todo es fuerza y calor, todo es aliento.
La tierra ardiente se desborda en olas
de resonantes hierbas y corolas
y cuando empieza a modular el viento
los himnos de su agreste sinfonía,
circula de la sierra por la espalda
un divino temblor. La selva umbría
que festonea la sinuosa falda,
esponja muellemente su ropaje
de pomposo y bellísimo follaje,
como una ala de trémula esmeralda;
y, so las frondas vírgenes, el grano
y la yema y el óvulo que duermen,
se despiertan al soplo soberano
¡y todo vibra en la explosión del germen!
Nada yace en la calma y el reposo:
donde un átomo alienta hay un sonido,

un estremecimiento portentoso,
ya brisa, ya huracán, ¡siempre latido!
Al rodar, de las cumbres desprendido,
sobre los campos en fecundo riego,
el torrente seméjase a un coloso
que se despeña desatado y ciego;
y, mientras el espacio enrojecido
arde como una bóveda de fuego,
y reverbera el sol en las opacas
moles de piedra, por el bosque añoso
aun se siente pasar el poderoso
aliento de las ondas genesiacas.

V

Entonces, bajo el oro que el verano
difunde, como polen infinito,
a cuya influencia se madura el grano,
amarillea el césped en el llano
y el musgo se reseca en el granito,
el pastor, con el alma estremecída,
responde, una por una, a las potentes
y raudas pulsaciones de la vida;
el sol canicular su sangre abrasa
que, por las anchas venas, a torrentes
con ritmo libre y vigoroso pasa;
y del espacio en la candente lumbre
clavando la mirada, y en los rojos
paisajes, por las siestas abrasados,
que surgen a lo lejos, tras la cumbre
de la montaña azul-inmensos prados
do secos yerbazales y rastrojos,
siente cual un sacudimiento enorme
penetrar en su alma la grandeza

de aquella tropical naturaleza
y la salvaje majestad. Informe
va esfumándose el cuadro ante sus ojos
y levantando entonces la cabeza,
para explorar los vastos panoramas
del monte y la profunda lejanía,
trepa de un viejo tronco por las ramas,
y en la ardiente explosión del medio día
lo cubre el sol con su dosel de llamas.

VI

Todo parece reposar en torno
al estival influjo del bochorno;
desde la base y áspera pendiente,
hasta la cumbre, donde apenas pudo
llegar la planta humana. En indolente
actitud yace el bruto. Desmayado
el sonoro follaje cuelga mudo,
cual harpa abandonado, y en el prado
se tiende a sestear, blanco y lanudo,
bajo la sombra, el triscador ganado.
Sólo en las hondonadas más abruptas,
donde las fuentes gárrulas borbollan
y dulcemente susurrando, arrollan
blandos líquenes y ovas incorruptas,
el recio leñalador, casi desnudo,
hiende los troncos jadeando. El eco
a los golpes retumba, ya apagado
por la distancia, ya vibrante y hueco.
Y parece temblar la cordillera
y estremecerse el soto y la campaña,
como si a cada hachazo se sintiera
latir el corazón de la montaña.

VII

En las tardes azules, cuando otoña,
el pastor se recuesta sobre el césped
en lo más alto de la sierra, donde,
tañendo su tristísima zampoña,
oye que la torcaz, eterno huésped
del robledal, a su canción responde.
Y en las de invierno, diáfanas y frías,
cuando el rayo postrero resplandece,
ante las azuladas lejanías
abismado y absorto permanece.
Allá, cual vaga niebla, la profunda
masa de otras extensas serranías
ven sus ojos de águila. Más lejos,
semejando un celaje que se inunda
del crepúsculo gris en los reflejos
una línea sutil, visible apenas:
¡la ancha faja del mar! Hacia otro lado,
de un valle en el confín, las rancherías
dispersas entre páramo y sembrado,
frescos lagos y tórridas arenas;
y en el extremo, aun por el sol bañado,
donde van a morir las dos cadenas
de montañas, confuso y esfumado,
cual un manchón opaco y ceniciento,
ve el triste solitario de los montes
—a mirar le infinito acostumbrado
y a especiarse en los vastos horizontes,—
el ruín y miserable hacinamiento
que forma la ciudad: ¡tapias y muros,
y palacios, y templos, y obeliscos,
que anonada, en los términos obscuros,

la triunfante grandeza de los riscos.
Y divisa el pastor, con la mirada
que hiende, poderosa, los espacios,
las torres muy pequeñas, los palacios
aun más pequeños.....¿y los hombres?.... .¡Nada!
Y, buscando a sus ansias más anchura,
alza los ojos.—Ya del sol fulgura
solo un rayo glorioso, en el instante
que se hunde en Ocaso agonizante.
Lo azul, lo inmensamente azul, se pierde
en la infinita lontananza verde:
tiembla la luz, se funden los colores
en la comba del éter; un resíduo
de la lumbre del sol con resplandores
flavos enciende el horizonte occíduo.
Y de pie, sobre el risco que es su trono,
ve el soberano, en místico abandono,
en sus dominios acabarse el día
y la noche empezar, vaga y sombría.
¡Hora augusta y sagrada!—El sol esparce
su oro ya muerto en los flotantes velos
que a ras del cerco horizontal condensa,
para encajar en él, como un engarce,
la divina turquesa de los cielos
y de los campos la esmeralda inmensa.

VIII

Deja, entonces, su trono de granito
y baja por la senda silencioso
y en honda paz. La noche y lo infinito
le hablan en derredor; más no al reposo
lo invitan, que su alma aun se halla abierta
a ese clamor profundo y misterioso

de las cosas brotado, como un grito
del Universo; grito prepotente
que a una vida sublime nos despierta
y pone al corazón de Dios enfrente.
Para aquel olvidado sin amores,
a quien sólo natura de sus flores,
la noche es una madre: inmensamente
lo acaricia y acógelo en su seno,
siempre de sombra y de ternura lleno.
Sopla el aura a su oído mansamente,
suspirando canciones y querellas
y, cuando para orar alza la frente,
clavan en su pupila transparente
sus dardos de diamante las estrellas;
y lo inunda en su etérea catarata,
las noches diafanísimas de Junio,
el tenue polvo azul, azul y plata,
en que envuelve a la tierra el plenilunio:
o bien, cuando en los montes se desata,
desde el alto crestón hasta el ribazo,
el viento bramador y enfurecido,
la noche para él tiene un latino
y un arrullo de amor, en su regazo.
!Noches de santo horror e indefinible
misterio: ya reinéis claras u obscuras,
mira el alma en vosotros lo invisible,
para sentir después, hondo y terrible,
el vértigo de Dios, en las alturas!

IX

Hay en las soledades estrelladas
de aquellas noches, una inmensa y triste
serenidad. Cuando la luna llena
baña la sierra en ondas plateadas,

el pico enhiesto de esplendor se viste
y se incrusta en la atmósfera serena.
Como un diluvio la blancura llueve
y queda el aire convertido en ampo,
el agua en perlas y anegado el campo
en luminosos átomos de nieve.
Entonces, más que nunca, desbordadas
las recónditas ansias que en el pecho
se agitan del pastor, siempre tranquilo
y humilde, pero nunca satisfecho,
al exterior asoman, condensadas
en profundas y límpidas miradas,
que se remontan hasta el almo asilo
de los mundos sin fin. Mientras reposa
el cuerpo laxo sobre duro lecho,
en la divina cúpula radiosa
—dejando lo finito de la tierra
y libre de misérrimos pesares—
el levantado espíritu se encierra.
Sólo el cielo en las noches estelares,
cuando brillan los astros a millares
y a millares se agrupan, ocultando
el ancho velo de zafiro; cuando
forman islas sin playas en los mares
eternos del espacio,....¡sólo el cielo,
que es reposo inmortal de todo anhelo,
con sus fulgores y tristezas calma
el anhelo ardentísimo de una alma
plena de inmensidad!....

X

La noche cáe
y reinan las tinieblas pavorosas.
Hay vértigo en el alma de las cosas,

porque el horror, como el abismo, atráe.
Mas el pastor descansa. Ningún peso
viene a oprimir su corazón de justo;
ningún vestigio en su semblante impreso
ha dejado el dolor. Silencio augusto
impera en torno de él, y mientras duerme,
su perro en vela está, y el mal, inerme.
Repose en calma. La diurnal tarea
ya pronto volverá, pues tras el monte
una indecisa claridad blanquea....
Ya en las cumbres destácase el granito.
Ya se bañan de azul el horizonte
y el alma....
¡Oh, infinito¡ ¡Oh, infinito!

FRONDAS Y GLEBAS.

A CLEARCO MEONIO.

I

A ORILLAS DEL PAPALOAPAM.

ADIVINO LOS FÉRTILES PARAJES
que baña el río y la pomposa vega
que con su linfa palpitante riega,
desmenuzado en trémulos encajes;

la basílica inmensa de follajes
que empaña la calina veraniega
y la furiosa inundación anega,
en túmidos e hirvientes oleajes,

Cerca de allí, cual fatigado nauta
que cruza sin cesar el océano,
reposo tu alma halló, serena y cauta.

Allí te ven mis ojos, soberano
pastor, firme en tu báculo, y la flauta
que fué de pan, en tu sagrada mano.

II

UNA ESTAPA DEL NAZAS.

¡Ni un verdecido alcor, ni una pradera!
tan sólo miro, de mi vista enfrente,
la llanura sin fin, seca y ardiente,
donde jamás reinó la primavera.

Rueda el río monótono en la austera
cuenca, sin un cantil, ni una rompiente
y al ras del horizonte, el sol poniente,
cual la boca de un horno, reverbera.

Y en esta gama gris que no abrillanta
ningún color; aquí, do el aire azota
con ígneo soplo la resaca planta,

sólo al romper su cárcel, la bellota
en el pajizo algodonal levanta
de su cándido airón la blanca nota.

LAS MONTANAS EPICAS.

A MIS AMIGOS DE MONTERREY,

---- sur ces sommets clairs oú le silence vibre,
Dans l'air inviolable, immense et pur, jeté.
Je crois entendre encor le cri d'un homme libre!

HEREDIA.

I

CUANDO CLAREA O YA CUANDO ATARDECE,
se destacan informes a lo lejos
cual una sombra azul, que a los reflejos
del crepúsculo gris se desvanece.

Mas su contorno gigantesco crece,
festonado por árboles añejos
que se erizan cual ásperos cadejos,
cuando el día triunfante resplandece.

Y en la noche, los áridos peñones,
las vértebras enormes del coloso,
sus empinados riscos y crestones,

semejan, en bosquejo tremebundo,
el esqueleto rígido y monstruoso
de un muerto sol, pesando sobre el mundo.

II

Contempladas de cerca, repentino
asombro se apodera de la mente
y en los nervios y músculos se siente
circular el pavor de lo divino.

Ni el blando helecho ni el robusto encino
predominan en la áspera vertiente,
ni fulgura en las cumbres castamente
la blanca nieve del paisaje andino.

Sus arrugas de piedra, sus picachos
donde el hierro incrustóse en rojas vetas
y plantó el jaramargo sus penachos,

aparecen cual hachas formidables,
titánicos puñales y saetas,
lanzas ingentes y ciclópeos sables.

III

¿Por qué muestra tan épica figura
esa enorme cadena de montañas?....
Sus formas terroríficas y extrañas
sólo Dios modeló, no la ventura.

Bajo su prodigiosa arquitectura
se guarnecen palacios y cabañas,
fructifican los trigos y las cañas
y el abundoso manantial murmura.

Y allá, sobre las cumbres de granito,
las águilas indianas siempre alertas,
bajo el docel azul del infinito,

guardando están de nuestro honor las puertas,
al ultraje cerradas y al delito,
a la esperanza y al amor abiertas. (*)

(*) Con el nombre de *Montañas épicas* designa el autor las formadas por una gran cordillera, grueso ramal de la Sierra Madre, avanzadas hacia el Norte de la República.

BAJO UN CIELO PLOMISO Y VENTOSO,
por aristas de piedra cortado,
el paisaje monótono duerme
en profundo y solemne letargo.
Todo es gris: la silueta del monte,
el inmóvil y frío remanso
que refleja en sus ondas oscuras
un girón sepulcral del espacio;
los barbechos de glebas grietadas
donde yace el rastrojo hacinado,
olvidadas están las coyundas
y descanzan los rotos arados;

los corrales de piso fangoso
que han hollado pezuñas y cascos,
sobre el cual, por el aire impelidos,
flotan acres y fétidos vahos;
el humilde jacal del labrigo,
mal envuelto en los grises andrajos,
que el aliento de Otoño arrebata
del humoso fogón solitario;
el derruido y vetusto convento
de sillares musgosos y pardos,
otro tiempo de monjes refugio
y hoy albergue de espectros y cárabos;
hasta al río de gárrulas hondas
y cristales bullentes y claros,
so las húmedas nieblas, yacente
hoy está, moribundo y helado.

Ya lobrece. Las sombras nocturnas,
como espesa humareda, borrando
van el triste confín de Occidente
con un negro y furioso brochazo.
Zumba el Bóreas; los vientos aullan
remolinos de polvo aventando
y barriendo las nubes que corren
en tropel tumultuoso y fantástico.
La hojarasca crepita dispersa
por las calles tortuosas del rancho,
do se ve agonizar un destello
tras los viejos postigas cerrados.
Y se escucha, a la vez, el chasquido
de las ramas crujiendo en el árbol
y el pesado caer de las gotas
en las áridas sendas del campo.
Las tínieblas se cuajan. El cielo
dolororoso en un círculo trágico

va ciñendo del torvo paisaje
los perfiles y el hórrido espacio.
El relámpago azul fosforece
una cárdena herida trazando
en la lóbrega nube, que se abre
al sentir el feroz latigazo;
y en las sombras que envuelven y ciñen
valle y bosques, montañas y llanos
va a clavar, a intervalos, furente
sus sangrientos puñales el rayo.
Todo es negro: la noche profunda
va extendiendo sus alas de cárabo
y el terror culebrea en los nervios,
el cabello y la piel erizando.
A lo lejos, al fin de la senda
que se incrusta en los duros peñascos,
donde empieza a afilar la montaña
sus aristas de pórfido y cuarzo,
empotradas en la áspera roca
y asomándose al hondo barranco,
sus ruinosas paredes levanta
el humilde rural camposanto.

En la lúgubre noche, las hienas,
espantoso festín husmeando,
el silencio de muerte profanan
con aullido espasmódico y largo.
A través de los rotos sepulcros,
en la lívida faz de los cráneos
¡con qué horror, con qué horror aparece
terrorífica mueca de espanto!
Tal vez sienten la garra acercarse,
y allí están, impotentes y trágicos....
Y del mundo, y del cielo, y del alma
olvidados, ho, Dios, olvidados!

IN EXCELSIS.

A Rubén M. Campos.

POR SUS EXCELSITUDES
eleva la montaña
una oración, como su cumbre, inmensa,
como su cumbre, blanca.

Y como está del cielo
la cumbre tan cercana,
llega muy pronto a Dios esa blancura
convertida en plegaria....

¿Qué pedirá a los cielos
la divina montaña?
Tener siempre su nieve por corona
y sus cimas muy altas.

Y cuando el sol derrita
la nieve inmaculada,
al dolor de las cimas pavoroso
unir serena su raudal de lágrimas!

ELEGÍA.

A LA MEMORIA DEL MAESTRO
DON RAFAEL ANGEL DE LA PEÑA.

DE MIS OBSCURAS SOLEDADES VENGO
y tornaré a mis tristes soledades
a brega altiva, tras camino luengo;

que me allego tan sólo a las ciudades
con vacilante planta y errabunda,
del tiempo antiguo a refrescar saudades.

Yo soy la voz que canta en la profunda
soledad de los montes ignorada,
que el sol calcina y el turbión inunda

Ignoro de mi rústica morada
qué tiene, que viniendo de mí mismo,
vengo de la región más apartada;

y endulzo el amargor de mi ostracismo
en miel de los helénicos panales
y en la sangrienta flor del cristianismo.

Surten de allá tan lejos los raudales
de un río, en cuya límpida corriente
inundasteis las testas inmortales.

Al labio virginal de aquella fuente,
vuestras palmas, al viento, de callada,
susurran blanda y amorosamente;

y el susurrar semeja y la cascada,
al caer sobre el oro de la arena,
diálogos de Teresa y de Granada.

Diálogos en la noche más serena
del tiempo, interminable y luminosa,
de augusta paz y de misterios llena,

en que el genio beatífico reposa
a la luz de los campos siderales,
de azul teñidos, y de nieve, y rosa;

trono para cubrir los pedestales
que el cincel de los siglos ha labrado
al alma de los muertos inmortales....

De otros, que fueron ya, se encuentra al lado,
ardiendo en fe y en caridad y ciencia
y al bien y a la verdad aparejado,

como cuando cruzó por la existencia,
en su envoltura terrenal, que ahora
trasciende aún, cual ánfora de esencia,

el varón de cabeza pensadora
y penetrante ingenio soberano
que el paso de los tiempos avalora.

Empuñó libro y lábaro su mano;
creyente, sabio, artista. Fué en la vida
esteta heleno y gladiador cristiano.

En su alba cabellera florecida
fulguraban los últimos reflejos
con que acompaña el sol su despedida,

y vienen de muy lejos, de muy lejos,
las cimas a alumbrar donde perdura
el triste glauco de los bosques viejos.

Se destaca su pálida figura
sobre el marco social enrojecido,
como un girón de agonizante albura.

De ardiente laureola circuido,
en poridad le revelaba el verbo
sus profundos misterios al oído.

Siempre dominador y nunca siervo
del lenguaje, probó pacientemente
los dulces goces del trabajo acerbo.

Fué el varón fortunado de alta frente,
nunca sentado en la manchada silla
de pecadora ni mentida gente;

que crece en altivez cuando se humilla,
incrustando, con ánimo sereno,
la frente en Dios y en tierra la rodilla,

y desprecia el relámpago y el trueno
con la inefable dicha de ser sabio
y el orgullo sagrado de ser bueno....

Ante él calló la envidia y el agravio,
y en la mundana y dolorosa guerra
no queja alguna murmuró su labio;

y al fin en el amor los ojos cierra:
pues ¿dónde hay más amor que el de la muerte
ni más materno amor que el de la tierra?....

Duerme y sueña, señor: tu cuerpo inerte,
cuando del sueño augusto en que reposa
a la inmortal resurección despierte,

verá que se irgue, al lado de su fosa,
de héroes, santos y reyes gestadores
la no muerta falange luminosa.

Coronistas, poetas y doctores,
departirán contigo en la divina
fabla, de que sois únicos señores....

¡Oh romance inmortal! Sangre latina
tus venas abrasó con fuego ardiente
que transfundió en la historia y la ilumina,

y nunca morirá, mientras aliente
un cerebro que piense en lo que vuela
y un corazón que sufra en lo que siente.

.....

¡Cuánto envidio a los muertos cuya estela
marca en los mares el camino luengo
que dejara su nave de áurea vela.

y con estas envidias que yo tengo,
abandono el rumor de las ciudades.
De mis desiertas soledades vengo
y torno a mis obscuras soledades.

EN EL DESIERTO.

IDILIO SALVAJE.

A ALFONSO TORO.

A FUERZA DE PENSAR EN TUS HISTORIAS
y sentir con tu propio sentimiento,
han venido a agolparse al pensamiento
rancios recuerdos de perdidas glorias.

Y evocando tristísimas memorias,
porque siempre lo ido es triste, siento
amalgamar el oro de tu cuento
de mi viejo román con las escorias.

¿He interpretado tu pasión? Lo ignoro;
que me apropio, al narrar, algunas veces
el goce extraño y el ajeno lloro.

Sólo sé que, si tú los encareces
con tu ardiente pincel, serán de oro
mis versos, y esplendor sus lobregueces.

I

¿Por qué a mi helada soledad viniste
cubierta con el último celaje
de un crepúsculo gris....Mira el paisaje
árido y triste, inmensamente triste.

Si vienes del dolor y en él nutriste
tu corazón, bien vengas al salvaje
desierto, donde apenas un miraje
de lo que fué mi juventud existe.

Mas si acaso no vienes de tan lejos
y en tu alma aun del placer quedan los dejos,
puedes tornar a tu revuelto mundo.

Si no, ven a lavar tu cyprio manto
en el mar amarguísimo y profundo
de un triste amor, o de un inmenso llanto.

II

Mira el paisaje: inmensidad abajo,
inmensidad, inmensidad arriba;
en el hondo perfil, la sierra altiva
al pie minada por horrendo tajo.

Bloques gigantes que arrancó de cuajo
el terremoto, de la roca viva;
y en aquella sabana pensativa
y adusta, ni una senda, ni un atajo.

Asoladora atmósfera candente,
do se incrustan las águilas serenas;
como clavos que se hunden lentamente.

Silencio, lobreguez, pavor tremendos
que vienen sólo a interrumpir apenas
el galope triunfal de los berrendos.

III

En la estepa maldita, bajo el peso
de sibilante grisa que asesina,
irgues tu talla escultural y fina,
como un relieve en el confín impreso.

El viento, entre los médanos opreso,
canta cual una música divina,
y finge, bajo la húmeda neblina,
un infinito y solitario beso.

Vibran en el crepúsculo tus ojos
un dardo negro de pasión y enojos
que en mi carne y mi espíritu se clava;

y, destacada contra el sol muriente,
como un airón, flotando inmensamente,
tu bruna cabellera de india brava.

IV

La llanada amarguísima y salobre,
enjuta cuenca de oceano muerto
y, en la gris lontananza, como puerto,
el peñascal, desamparado y pobre.

Unta la tarde en mi semblante yerto
aterradora lobreguez, y sobre
tu piel, tostada por el sol, el cobre
y el sepia de las rocas del desierto.

Y en el regazo donde sombra eterna,
del peñascal bajo la enorme arruga,
es para nuestro amor nido y caverna,

les lianas de tu cuerpo retorcidas
en el torso viril que te subyuga,
con una gran palpitación de vidas.

V

¡Qué enferma y dolorida lontananza!
¡Qué inexorable y hosca la llanura!
Flota en todo el paisaje tal pavura,
como si fuera un campo de matanza.

Y la sombra que avanza....avanza, avanza,
parece, con su trágica envoltura,
el alma ingente, plena de amargura,
de los que han de morir sin esperanza.

Y allí estamos nosotros, oprimidos
por la angustia de todas las pasiones,
bajo el peso de todos los olvidos.

En un cielo de plomo, el sol ya muerto;
y en nuestros desgarrados corazones
el desierto, el desierto....y el desierto!

VI

¡Es mi adiós!....Allá vas, bruna y austera,
por las planicies que el bochorno escalda,
al verberar tu ardiente cabellera,
como una maldición, sobre tu espalda.

En mis desolaciones, ¿qué me espera?....
(ya apenas veo tu arrastrante falda)

una deshojazón de primavera
y una eterna nostalgia de esmeralda.

El terremoto humano ha destruido
mi corazón y todo en él expira.
¡Mal hayan el recuerdo y el olvido!

Aun te columhro, y ya olvidé tu frente;
sólo, ¡ay! tu espalda miro, cual se mira
lo que huye y se aleja eternamente.

ENVÍO

En tus aras quemé mi último incienso
y deshojé mis postrimeras rosas.
Do se alzaban los templos de mis diosas,
ya sólo queda el arenal inmenso.

Quise entrar en tu alma, y ¡qué descenso,
qué andar por entre ruinas y entre fosas!
¡A fuerza de pensar en tales cosas
me duele el pensamiento cuando pienso!

¡Pasó!.... ¿Qué resta ya de tanto y tanto
deliquio? En tí ni la moral dolencia,
ni el dejo impuro, ni el sabor del llanto.

Y en mí, ¡qué hondo y tremendo cataclismo!
¡Qué sombra y qué pavor en la conciencia,
y qué horrible disgusto de mí mismo!

VOZ INTERNA.

EN LAS NOCHES TEDIOSAS Y SOMBRÍAS
buscan su nido en mi cerebro enfermo,
plegando el ala ensangrentada y rota,
mis antiguos recuerdos.
No vienen como alegres golondrinas
de la rústica iglesia a los aleros,
trayendo de la rubia Primavera
las blandas brisas y los tibios besos.
Vienen, como los pájaros nocturnos,
a acurrucarse huraños y síniestros
de la musgosa tapia en las ruinas
o de la vieja torre entre los huecos.
¡Que vengan en buena hora, que no tarden!
¿Por qué no se apresuran? !Los espero!...
¡Hace ya tantos años que dormito!
¡Hace ya tanto tiempo!
El negro muro del hendido claustro,
aunque roto y abierto,
aun se mantiene en pie, y en las ojivas
del campario viejo,
si no hay esquilas que a la misa llamen
al asomar el matinal lucero

o anuncien la oración al campesino
y la hora del regreso
a las muchachas de la azul cisterna,
al pastor y al vaquero;
si ya no hay campanitas que repiquen
del santo titular en los festejos,
hay oquedades hondas y sombrías
que abrigarán en sus obscuros senos
a las lechuzas pardas y siniestras
y a los pájaros negros. . . .

CREPUSCULOS,

I.

RUBIA LA AURORA LUCE EN EL ORIENTE
sus galas más espléndidas de fiesta,
que amorosa y rendida ya se apresta
del esposo a besar la roja frente.

Para verle asomar alza su ingente
tajada cumbre la montaña enhiesta;
prepárale su incienso la floresta,
su trino el ave y su rumor la fuente.

El cielo gotas de cristal rocía
en corolas y muérdagos. Los vientos
tañen las ramas de la selva umbría.

Y alza a su Dios en rítmicos acentos,
como grata oración del nuevo día,
himnos la tierra....¡el hombre pensamientos!

II.

Tramonta el sol. Esmalta la colina
de su postrera luz con el escaso
fulgor, que va envolviendo en el Ocaso
con su túnica blanca la neblina.

Desbarátase la húmeda calina
en la llana extensión del campo raso,
y ya por el Oriente, paso a paso,
la silenciosa noche se avecina.

Todo es misterio y paz. El tordo canta
sobre los olmos del undoso río;
el hato a los apriscos se adelanta,

flota el humo en el pardo caserío,
y mi espíritu al cielo se levanta
hasta perderse en Tí....¡Gracias, Dios mio!

INDICE.

	Págs.
Manuel José Othón	5
Invocación	9
Primavera	10
Venus	13
Ocaso	14
El Himno de los Bosques	15
La Canción de Otoño	24
Noche Rústica de Walpurgis	26
Poema de Vida	40
Pastoral	46
Frondas y Glebas	57
Las Montañas Epicas	59
Lobreguez	62
In Excelsis	65
Elegía	66
En el Desierto.—Idilio salvaje	70
Voz interna	75
Crepúsculos	77

NUESTROS COLABORADORES

Alfonso Cravioto
Efrén Rebolledo
Pedro Henríquez Ureña
Rafael Cabrera
Antonio Caso
Condesa de Pardo Bazán
Enrique José Varona
Andrés González Blanco
Julio Cejador y Frauca
José García Monge
Luis González Obregón
Manuel M. Ponce
Francisco González Guerrero
Jorge Enciso
Saturnino Herrán
Antonio Cortés
Carlos González Peña
Manuel Tousaint
Antonio Castro Leal
Carlos Pellicer.